

La Risa

30 Cènts



—¡Yo soy mucho más valiente que tú!
—¿Por qué?
—¡Porque me he caído de España!!



En nuestro ferviente anhelo de ser gratos al amado lector, y cediendo a una necesidad que *se deja sentir*, hemos decidido abrir esta Sección, en la que se encontrará innumerable caudal de conocimientos utilísimos en la vida práctica. Desde el formulismo protocolario en las peticiones de mano, visitas de pésame, despedidas de duelos, hasta el modo más rápido y seguro para cazar grillos a corneta, el lector ha de encontrar en nuestro CONSULTORIO consejos, fórmulas, recetas, procedimientos, para cuya adquisición hemos montado un completísimo servicio de investigación que esperamos ha de dejar complacidos a nuestros numerosos consultantes.

Artemisa. Valladolid.—Las aguas de *toilette* son indispensables en el tocador de toda mujer elegante; pero le aconsejamos sinceramente desconfíe de las que se expenden en frasquitos primorosamente tallados, y a precios elevadísimos. Nosotros no tenemos inconveniente en suministrarle una fórmula, con la cual podrá usted estar haciendo aguas, aguas de *toilette*, se entiende, durante un gran espacio de tiempo.

En una cacerola que no se haya usado nunca, mézclese finura de iodo, manteca de cerdo, limaduras de cinc, greda, serrín de corcho y sulfato de cobre.

Con que adquiera usted la costumbre de lavarse la cara todos los días y la constancia de aplicarse al rostro, después de cada lavado, una pequeña cataplasma de este ungüento, pronto su cutis adquirirá la transparencia del nácar y la frescura de la rosa.

M. L. G. Cádiz.—Para limpiar los dorados, nada como la siguiente pasta, que puede usted elaborar en su propio domicilio:

Benjuí.....	15 decigramos.
Agua de rosas...	45 —
Esencia de Iris...	9 —
Leche de burras...	5 litros.

Todo bien diluído en medio litro de agua de Carabaña.

Nofa de la Redacción.—Por una sensible equivocación, que todos lamentamos, se le ha dado a la señorita Artemisa, de Valladolid, la fórmula correspondiente al Sr M. L. G., de Cádiz.

Por lo tanto, la primera de las fórmulas es la que se debe emplear para limpiar los dorados, siendo la segunda la que dará al cutis la galanura de la flor.

Suplicamos un poco de indulgencia para esta ligera equivocación.

Consultas grafológicas.

A. T. E. Madrid.—El rasgo de la T demuestra que es usted un hombre fantástico. Seguramente es reformista y cree en el triunfo de Melquiades Alvarez y en el talento de Gasset.

Milonguita. Cáceres.—Inútil cuanto haga por engañarnos. La letra explica al hombre, y los borrones, a la mujer. Usted quiere casarse y casarse pronto. No es usted joven ni tampoco vieja. Tendrá de veinte a cuarenta años. Es soñadora, romántica y aficionada al tabaco egipcio. Si no es usted morena, merecía serlo. Buenas cualidades. Hace el arroz con leche como nadie.

Luis Peig. Almería.—¡No diga que no! Usted es militar de tropa. No hay más que ver las eses en figura de bayoneta para convencerse. Carácter belicoso y pendenciero. Usted debe tirar las piedras como ninguno.

Angustias Librada. Talavera.—Si sueña con casarse, no lo haga con ninguno que se apele llide Quintas, porque se burlarían de usted si dijera que era doña Angustias Librada de Quintas. Por lo demás, su letra es mala, pero ilegible.

Diríjase toda la correspondencia al apartado 7.002.



—¡Pero no te quites el sombrero!...
—Es para que le veáis la marca. Como me lo he comprado en la Sombrerería PONCE...

PLAZA DE MATUTE, 12. — MADRID



—De ver y adquirir novedades...
—¡Ya! Tú siempre tan elegante.
—No, no se trata del cuerpo; son libros exquisitamente editados por Yagües. También hay que elegantizar el espíritu.

— LIBRERÍA YAGÜES —

Caballero de Gracia, 28. — Madrid.

SERVICIO ESPECIAL DE REVISTAS DE MODAS

A PLAZOS

y con precios de contado, ofrecemos al público, EN TODA ESPAÑA, nuestros aparatos y discos

ODEÓN, FONOTIPIA Y FADAS

Éxito inmenso
de este mes:

Arco Iris



Con gusto le enviaremos gratis nuestros nuevos catálogos de aparatos y discos y las condiciones de las

VENTAS A PLAZOS
si usted lo solicita
de

FADAS. = Peligros, 14 y 16. = MADRID



—¿Es cierto que Sofía es millonaria?
 —¡Sí, hombre!
 —¡Ingrata! Y aun se atreve a dudar de mi amor...



—Ese es mi papá.
 —¿En qué le has conocido?
 —En el violín...



—¿Por qué vais tan abrigados?
 —Porque vamos a A... polo.



—Necesito que me pinte usted una portada con algo interesante.
 —¿Cómo se titula su novela?
 —No, no es una novela; es una lechería...

La Risa

: REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :

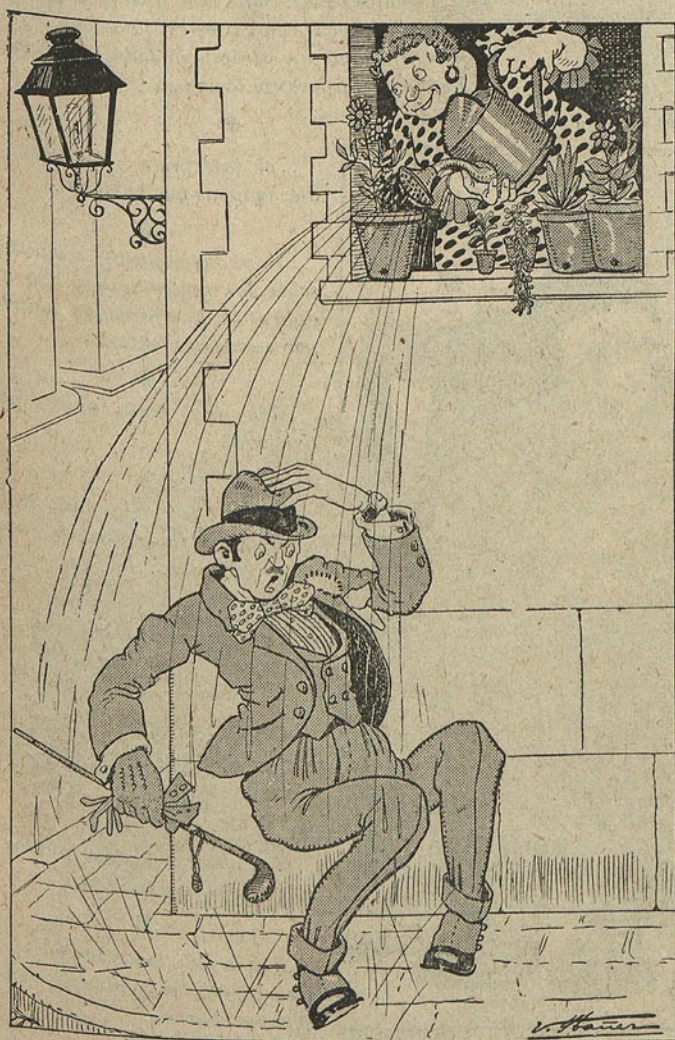
DOCTOR FOURQUET. 4.-MADRID

APARTADO 7 002. TEL. 30 76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

HALLAZGO

APUNTES PARA UNA NOVELA



—¡Caray! ¡Cualquiera hubiera pensado, al salir de casa con tan buen tiempo, que pudiera caer este aguacero!...

No habiéndose presentado nadie a reclamar el cuaderno de notas hallado por un colaborador de este semanario en la carretera de Extremadura, junto a una gruesa piedra del tamaño de la cabeza de un conejal, cumplimos nuestra promesa de seguir insertando las referidas «notas».

Cuando la pobre madre conoció el horroroso y repugnante crimen cometido por su hijo, un grito de horror se escapó de su garganta. Luego se preguntó, llena de espanto, si efectivamente ella había dado a luz semejante monstruo...

El cielo, de un color pardusco, estaba cargado de nubes. No se veía ni sombra de sol...

En cuanto el desdichado joven llegó a su casa, se encerró en su alcoba y apagó la luz, por no verse en aquella agustosa situación...

La princesa descendió de su magnífico automóvil, arrastrado por cuatro briosos corceles...

El hombre quedó completamente desnudo.

Tenia el cuerpo negro como el ébano, los cabellos crespos, la nariz achalada, los labios gruesos y sensuales... ¡Era un negro!...

... sus días de recepción eran por la noche...

Contemplando a la duquesa, gallardamente montada en su preciosa yegua, Alejandro exclamó con admiración:

—¡Duquesa, monta usted como un centuario!...

...el japonés suspiró profundamente en su lengua...

Si mi esposa ha de quedarse viuda algún día —

dijo —, ardientemente le pido a Dios que sea mientras yo viva...

.. corriendo hacia su ruina, se rompió una pierna...

Agapito llevaba varias horas delante de la ventana del comptoir, en donde la bellissima empleada trabajaba afanosamente sin levantar hasta él sus lindos ojos.

Agapito se desesperaba. ¡Si encontrase un medio de llamarle la atención!... De pronto se le ocurrió una grandiosa idea: cogió una gruesa piedra que lanzó con violencia contra los cristales, que se rompieron, armando un estrépito de todos los diablos.

Entonces ella levantó la cabeza...

...el intérprete se mordió las diez lenguas que hablaba...

... era sumamente competente sobre los remedios que hay que aplicar a las personas muertas por accidentes fortuitos...

El general tenía gustos particulares...

De tanto leer a los autores del siglo de oro, la condesa se encontraba embarazada de sus obras...

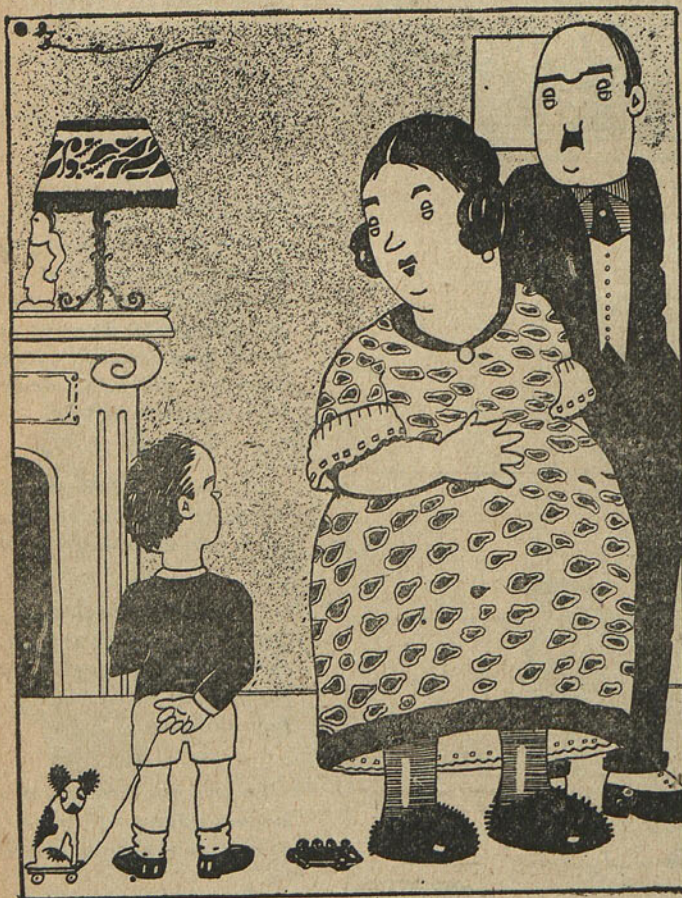
... cuando recogió su sombrero, no tenía forma humana...

Solo en la pradera el buey, con sus grandes ojos soñadores, parecía rumiar su plan...

El ciego expuso sus puntos de vista sobre la situación...

... se le veía todas las mañanas recorriendo los caminos a caballo sobre un burro...

Entonces, loco de furor, dió un



—Tú qué prefieres: ¿un hermanito o una hermanita?
—¿Yo? ¡Un triciclo!

enérgico puntapié al pobre perro, que no dijo nada .

... os estrecho la mano por teléfono, esperando que pronto podré hacerlo de viva voz...

... era tan avaro, que a la hora de su muerte se rebeló a entregar su último suspiro...

¡Ah, pérfido! Muerdes la mano que te lame!...

—¿Quién osará dudar de mi probidad, bien probada por todos aquellos que a mí se acercaron de cerca o de lejos?...

Por la copia,
RIVERITA.

BELLEZAS ARQUITECTÓNICAS DE ESPAÑA



EL «MONUMENTO» DEL ESCORIAL

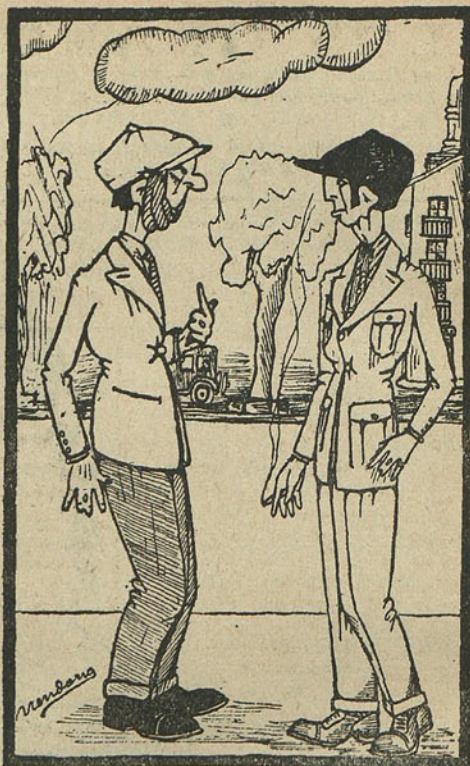
Biblioteca Nacional de España



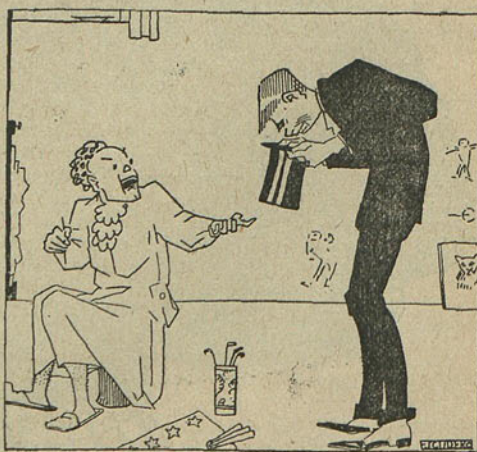
—¡Muchachos: no me aguardéis esta noche en la «tasca» para jugar el *tute* de siempre!...



—Bueno: ya lo sabes. Esto s'ha acabao...
—¡Desagradecida! Y ahora, ¿quién te va a quitar el jornal?...



—¿Qué tal, chico?
—Fastidiado. Cada cinco minutos me da un dolor de muelas que me dura media hora.



—¿Qué buscas, hombre?
—Un "chiste" que traía en la cabeza y se me ha escapado.

LOS GRANDES INVENTOS

EL CRONO-DETONO-GRAMÓFONO

He aquí un invento que no dudamos en reputar como el más práctico de los que se han llevado a cabo en este venturoso siglo de la *radio-lácteo-grafta* y del *cabaret con jazz-band*.

¡Cuántos disgustos! ¡Cuántos sinsabores! ¡Cuántas amarguras habréis soportado en vuestra vida a cambio de saborear esos breves y dulcísimos minutos que median entre la llamada discreta de la doméstica y el esfuerzo heroico de saltar del catre en calzoncillos (perdón, lectoras) y comenzar a embutiros los calcetines!

Quizás estos minutos sean para vosotros, como lo son para mí, algo de una sublimidad sólo comparable a la del café con media de abajo... Pero ¡ay! que por gozar de una ventura tan efímera, muchas veces habéis tenido que soportar los reproches de la amada, el gesto severo del jefe del Negociado, la bronca del maestro en el taller. Y, sin embargo, ¡cuán fáciles de evitar estos disgustos poseyendo el *crono-detono-gramófono*!

Como podréis observar por el dibujo adjunto, se trata de un simple aparato fonográfico que funciona en combinación con otro cronométrico, de igual modo que el timbre de un despertador.

¡Pero qué diferencia entre un chisme tan antipático y la majestuosa elegancia, la dulce y amorosa solitud del *crono-detono*!

En lugar del repiqueteo molesto de un timbre que os despierta sobresaltados, la voz melosa y suave que cariñosamente os exhorta a saltar del lecho.

Sería prolijo enumerar la variedad de *discos* impresionados capaz de satisfacer al más exigente comprador.

Hay discos en los que una voz severa y grave os reconviene por vuestra pereza. En otros, una voz femenina y de timbre exquisito os recuerda que a tal hora tenéis una cita.

Un ejemplo: habéis colocado la noche anterior el aparato en disposición de que os despierte a las ocho de la mañana, lo mismo que si se tratase de un vulgar despertador. A las ocho en punto el artefacto comienza a funcionar. La voz severa y profunda os dice: «¡Parece mentira, hombre! ¡Un chico como tú, tan inteligente, tan educado, tan bien criado, que se deje dominar de ese modo por el feo pecado de la pereza!... ¡Quién lo diría!... ¡Vamos, hombre, levántate, que vas a llegar tarde a la oficina y ya sabes que el jefe te tiene tomado entre ojo por llegar tarde todos los días!... ¡Vamos, hombre!... ¡Anda!... ¡Haz un esfuerzito!... ¡Anda!... ¡Que son las ocho!...», etc., etc., y así está hasta que pasan quince minutos justos.

Supongamos que habéis elegido el disco de la voz femenina.

A las ocho en punto os hará volver a la realidad, desde las plácidas regiones del sueño, una voz cálida, dulce, amorosa, que repetirá incesantemente durante quince minutos: «¡Anda... monín... precioso... pi-chón... haz un esfuerzo, vida mía... anda... que son las ocho y se enfía el chocolate... chachito... no te duermas... anda, monín... anda!...»

¿Creéis que habrá alguien que después de esta *tabarra* no salte del lecho con un humor de todos los diablos, pero con la sana tranquilidad de haber cumplido con su deber?

Y me diréis: «Bien; pero ¿y si tenemos el sueño tan pesado que no logra despertarnos la voz del aparato por muy profunda que sea?»

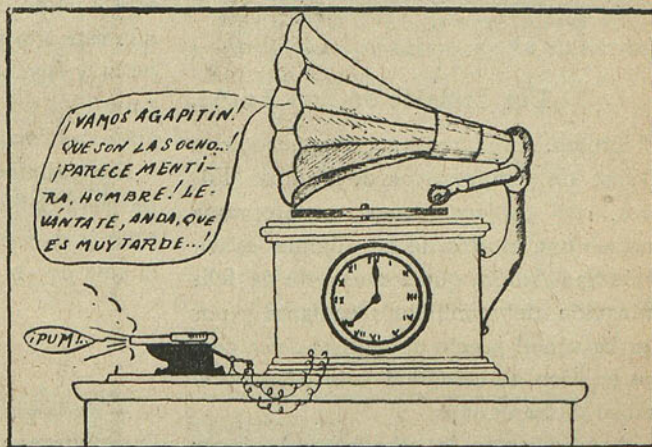
¡Ah! En ese caso...

Si pasados los quince minutos no habéis corrido a detener el resorte del *crono-detono*, éste cumplirá el más activo de sus cometidos, que es el de dar la hora.

Mas no os figuréis que en el silencio de vuestra alcoba van a vibrar lentas ocho campanadas, sino ocho espantosas detonaciones, pues el inventor de este prodigio ha adaptado al aparato en cuestión una magnífica pistola automática que dispara tantos tiros como horas marque el reloj. Estos disparos se verifican tres minutos después de haber cesado la voz persuasiva.

¿Habrá quien después de oír ocho detonaciones a dos metros de sus oídos siga durmiendo? ¿No?

Pues queda plenamente demostrada la utilidad del *crono-detono-gramófono*.





(NOTAS DE UN «SOGUILLA» DE LA CORTE)

Los festejos de San Antón.

El Excmo. Ayuntamiento, de acuerdo con el Trust de Empresarios de Pompas Fúnebres, está confeccionando un programa monstruo con motivo de la próxima festividad de San Antón, que a causa de la feliz terminación del conflicto estudiantil y por haber bajado el precio del alpiste cinco céntimos en saco, se celebrará este año en el pasadizo de San Ginés.

La bendición de la cebada tendrá lugar en la *brasserie* del Palacio de Hielo, y estará a cargo del ama seca de Antoñito Goicoechea, que cantará además el Ave María de Gounod y los cuplés de *El Alcalde de Zalamea*, acompañada al aristón por la más chata de las catorce concubinas que posee el sacristán de las Salesas.

Entre otros muchos festejos se adornarán con flores cordiales y farolillos a la veneciana los principales evacuatorios y todas las bocas de alcantarilla del distrito, y se invitará al vecindario a que cuelgue los balcones con pieles de acaparador y rodillas de cocina sin lavar. También se concederán varios premios en calderilla y nueve meses de indulgencias a todos los establecimientos de carbones vegetales, cuyos dueños estén recién operados de las rijas.

Como medida higiénica, el director de *La Amenidad* ha prohibido que durante la romería se arrojen por los balcones sacos de es-

tiércol o aguarrás, y que se escupa a los cobradores del tranvía en la región glútea, hasta después del paso de las acémilas de ambos sexos que figuren en la cabalgata.

La Casa de Socorro de Chamberí, en previsión de que puedan ocurrir algunos casos de insolación, montará un servicio especial de telegrafía sin hilos, servido por monosabios y licenciados de presidio. Y por último, y como caso curioso, hacemos constar que este año serán sustituidos en las confiterías y farmacias de la barriada los clásicos panecillos del santo por bocadillos de sanguijuelas cocidas y agua de lithines.

Aplaudimos la feliz iniciativa del Municipio madrileño, que se desvive por procurar solaz y recreo a los pacíficos habitantes de la villa de «el polvo y el microbio».

El emperador de Kamelaguntia, de cacería

—Radiograma por el contador del gas.— (Recibido con retraso por el mal estado de la carretera).—El Molar, 4.

El emperador Marcolfo Andóval de Kamelaguntia, acompañado de su pinche de cocina, pasó toda la mañana de ayer en el Club Náutico Ortopédico bailando la rumba coruñesa con varios ilustres cazadores tuberculosos, en unión de los cuales tomó un ponche de árnica y esencia de setas.

Las regatas que debían celebrarse anoche en la charca del balneario, suspendiéronse a causa de la escasez de harina de almortas.

Mañana, si no hay capea en Galapagar, asistirá el emperador en un trineo al banquete que las autoridades molarenses ofrecen a los picapedreros supervivientes que tomaron parte en la conferencia de Algeciras.

El emperador, envuelto en un mantón de Manila, recibió en audiencia al apoderado de Marcial Lalanda, que ha tomado una

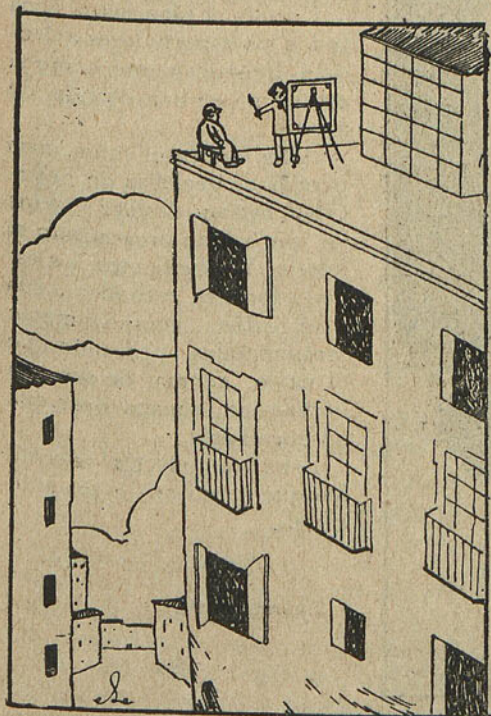
tahona a traspaso en Andorra, y al doctor Stocker, que le regaló el pasado verano un botijo negro y una sobrepelliz del «Gueerra». De madrugada, acudió D. Marcolfo con su familia a presenciar un partido de «foot-ball» a pala, que jugaron los serenos del pueblo subidos en columpios.

Anoche llegó la emperatriz Ciriaca, que vino desde El Berrocal montada en un dro-medario y con las ligas caídas. Es muy probable que los emperadores regresen a Madrid antes de que le extirpen las espinillas a un tendero de la calle del Bonetillo.

BLAS-KITO.



EN «POSE»



El pintor: —Córrase un poquito más para allá...

La Risa LA BRONCA

En una «tasca» de la calle del Ave María penetra un sujeto mal encarado y peor vestido, que, dando muestras de hallarse en un estado de grandísima agitación, se dirige al mostrador y le dice al chico con acento melodramático:

—¡Échame un «quince» de vino antes de que estalle la bronca!

Se le sirve lo pedido, y apenas apurado de un sorbo su «tintero», da una vuelta en redondo, y dice nuevamente con voz sorda:

—¡¡¡Échame otro «quince» que la bronca está si estalla o no estalla...!!!

El chico obedece, pero intrigado ante la trágica expresión del desconocido, le pregunta:

—Pero diga usted, ¿qué bronca es ésa?

A lo que responde el individuo bajando la voz y con acento desgarrado:

—¡¡¡La que se va a armar en esta casa en cuanto te enteres de que no tengo «ni gorda» para pagarte los dos «quinces» que me he bebido!!!

CONSEJO



—Debes cambiar la sillería de la consulta. Fíjate que todos los enfermos te dicen: ¡Ay doctor! ¡Me siento muy mal!...

¿CÚLEO?

Cúleo (1) es una palabreja que suena mal, muy mal: como el piano del articulista, como un verso de Buscarini...

El distinguido lector, seguramente, conocerá algunos suplicios espantosos—¿hay alguno que no lo sea?—; pero por muy espantosos que se crean, nunca lo serán tanto como el que va a conocer ahora. Cualquier suplicio al lado de éste resultará siempre una deliciosa caricia femenina.

Cúleo es un suplicio que lo usaban los romanos con la facilidad que nosotros usamos ahora los sombreros de paja. En cuanto alguien cometía un crimen, estafaba dos duros para jugárselos a los caballitos, no llevaba la derecha por las calles o subía a los tranvías estando éstos en marcha, ya estaba: a castigarle con el terrible cúleo.



—Luego dirán que el vino embrutece, cuando no hay como el vino para demostrar que la tierra da vueltas...

Dígame ahora el lector si la persona a la que aplicaban el cúleo no tenía motivo más que suficiente para temblar como un flan al ser servido.

Ataban al reo de pies y manos, le abofeteaban luego seis concejales escogidos entre los más robustos y bárbaros—pues también entonces había de todo—, le hacían cantar el *Adiós a la Vida*, de *Tosca*, con la boca llena de algodón hidrófilo empapado en gasolina, y después le mojaban la oreja izquierda con un soplillo. Terminado tal programa, era metido el reo en un fuerte saco de cuero, y entonces, el verdugo, que era soltero y domador a la vez, rellenaba el saco con un mono, un gato y una nerviosa y kilométrica culebra.

Realizada la operación, que no era menos horrible que una de Marruecos, y que tenía algo de circo, se ataba fuertemente la boca

del saco para que se callara la barbaridad, y a los acordes de una jacarandosa marcha que tocaba la banda que solía amenizar las anuales fiestas del lugar, se arrojaba a un caudaloso río, en el que, según cuentan, hubo piratas y abundancia de mariscos...

Cuando el saco caía al agua todos los espectadores aplaudían frenéticamente como si estuvieran en una corrida de abono.

A los quince minutos, unas parejas de guardias de Seguridad hacían desfilar a todos los que habían presenciado el festejo. Y, obedientes, los espectadores se retiraban a sus domicilios, completamente sentimentales, pensando que el cúleo, además de ser una barbaridad, sonaba peor que un duro falso...

Este, amigo lector, es el cúleo que deseo no le sea aplicado...

NICOLÁS DE SALAS.

Madrid, 12-1922.



(1) «Verídico».—Cúleo, suplicio en la Legislación Romana. Consistía en arrojar al reo a un caudaloso río, metido en un saco de cuero, con un mono, un gato y una culebra.

BARATILLO

POR E. RAMÍREZ-ANGEL

Los zapatos nuevos y los pisotones

Hay hombres que estrenan alguna vez zapatos. Las cosas tienen alma, según hemos convenido hace tiempo, y el alma de estos zapatos, al verse convertidos en moldes de juanetes y deformidades, empiezan a protestar, chillando y gimiendo con meliflua pero cargante persistencia. Los zapatos que así se quejan, son los zapatos de jefes, de donjuanes, de policías, de gente, en fin, cuya presencia conviene que pase inadvertida, y el ruidito la descubre. Son zapatos inteligentes, que prestan un gran servicio en las oficinas y en las casas de juego. Zapatos de cazador cazado.

Otra clase de seres adquiere zapatos dóciles, de mejor genio, y de otra inteligencia menos aceda y fosca. Son los zapatos que se adaptan en seguida al pie, por bien formado y ágil, y nunca chillan ni delatan a su dueño. Pierden a escape la antipatía de todo lo nuevo, y adquieren esa llaneza, esa sencillez que es el verdadero talento de lo animado y de lo inanimado.

Pero a este calzado le ocurre una cosa trágica. Siempre que sale del limpiabotas, y cuando su poseedor lo luce pimpante, optimista, encantado de vivir el mundo de los peatones, se descompone, se aturde, se distrae, se enloquece, y no sabe por dónde va ni viene... Y sobre los zapatos o las botas resplandecientes empiezan a llover los pisotones. Es algo fatal, como las mareas o los cambios de Gobierno. En ningún otro momento del día, al hombre que se hace lustrar los zapatos, le pisarán, si no inmediatamente de salir del limpiabotas. Subirá al tranvía, buscará la acera más despejada, entrará en el teatro de mejor público... No importa; siempre habrá un espantoso distraído que le aplastará el pie, con su correspondiente zapato. Y si se va a su casa, sin que le hayan pisado, allí le espera su hijo, el más chiquitín, para, por primera vez, darle un pisotón que deje mustios y sin charol a los infelices zapatos de charol...

O anunciar o morir

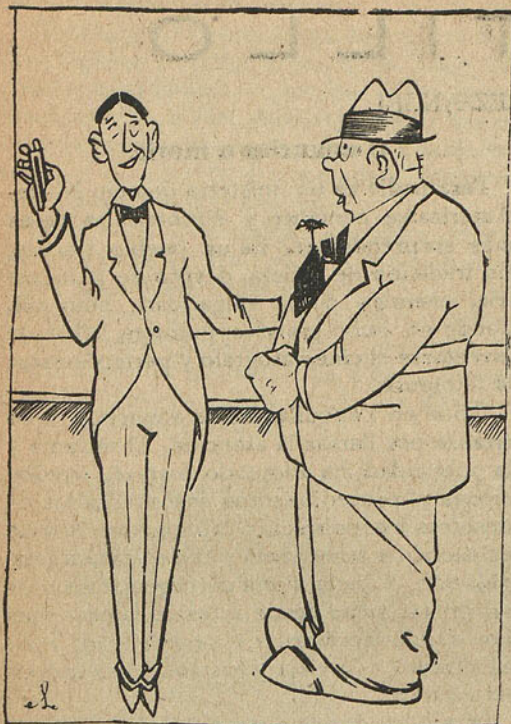
Para nadie es un misterio que en Norteamérica se conciben y ejecutan las cosas más sorprendentes. Es un pueblo grande, sin tradición de belleza, devoto de la industria, enemigo de la vulgaridad. Sólo allí, donde no hubo grandes pintores, había de inventarse el cinematógrafo y perfeccionarse la fotografía.

Todo en Yanquilandia se anuncia, y todo rivaliza por llamar la atención. El reclamo y la publicidad ha adoptado formas, irradiaciones y procedimientos insospechados de nosotros los pobrecitos latinos, que nos las echamos de tener tanta y tan volcánica imaginación. Aquella tierra de negociantes y de arbitristas viene desde antes de la gran guerra dando lecciones de originalidad y de «Fantasía» a la vieja y gastada y reblandecida Europa...

Y allí es donde a un señor comerciante se le ocurre pintar de negro los cristales del escaparate de su tienda, dejando únicamente a la altura del ojo del hombre un agujerito, y arriba un gran letrero que dice: *Sólo para hombres...* La gente se arremolina. Abundan, como es de suponer, los hombres. Abundan, también, como es natural, las mujeres. Entre la lucha de todos los que quieren mirar, uno lo consigue al fin, e introduce por la abertura una mirada agónica... El escaparate aparece magnífico, mostrando una instalación de maquinillas para afeitarse...

Allí, una noche, en cierta reunión de buen tono, un caballero desconocido, buen mozo y simpático, saca a bailar a una señorita. Hablan, «foxtrotean», él deliciosamente galante, ella emocionada. Al concluir, el desconocido desliza furtivamente en la mano de ella un papel, y desaparece. La señorita, indignada ante tal atrevimiento, corre a comunicárselo a su señora madre, entregándole el misterioso mensaje. La madre requiere los impertinentes, muy sofocada, y lee:

«Si quiere usted ir bien calzada, sírvase visitar mi zapatería de la Quinta Avenida. Mis zapatos de baile sólo cuestan cuatro dólares...»

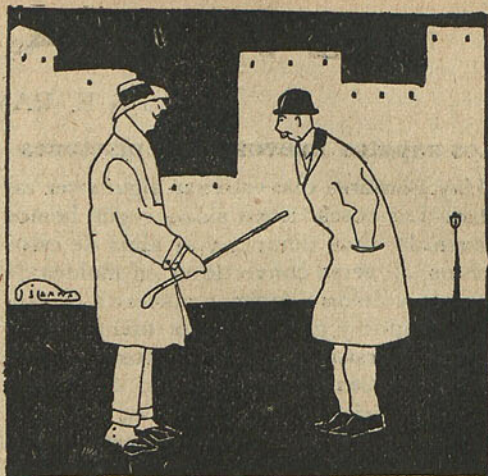


—Este barómetro es de lo más perfecto que se conoce.

El nuevo rico.—Y dígame: ¿cómo se le da cuerda para que haga buen tiempo?



El curda.—¡Se acabó; ya no vuelvo a emborracharme! Y las economías a la hucha...



—Pues aquí donde me ve estoy cesante y tengo dos hijas.

—Pues le costará mucho trabajo darlas de comer a las dos.

—No, señor; comemos a la una y media.



—Hágame usted un retrato de cuerpo entero...

Invitar a la parienta

—En cuanto lleguen las nueve,
dos minutos más o menos,
t'agarras a la parienta
y sus venís, q'os espero,
pa cenar en armonía,
que p'algo es San Anacleto,
mi santo y el de mi chico.

—¿Cuál de los dos?

—El pequeño.

—¿No t'olvidarás?

—Según

y conforme.

—No lo entiendo.

—Pos verás: que tan y mientras
que vengamos como buenos
mi mujer y el que suscribe
no venimos.

—¿Estás cuerdo?

Porque viéndolo despacio,
la verdá, no te comprendo
tal burrá. ¡Que si venís,
que si no venís! ¿Qué es eso?

—Pues na: que con la Ramona
no voy ni siquiera al cielo,
qu'ella se da un *rato* maña
p'hacer del mismo un infierno.
Tú no la conoces, chico.
A su lao, Pedro Botero
es talmente un padre cura,
pongo por caso... Pues bueno:
si me descuelgo con ella
por tu hogar, ¿pa qué queremos?
No me deja ni beber,
ni fumar, ni nada.

—¡Cuerno!

Pues sí que ties la costilla
un rato dura.

—Lo menos
de cemento del León,
porlan La Iberia.

—Lo creó.

¿Entonces?

—Me vendré solo

y así nos divertiremos.
Me traigo el acordeón,
tocamos, y... ¡olé tu cuerpo!
Las mujeres en casita,
que p'algo los hombres semos
los machos. ¿Verdá?

—¡La pura!

—Pues entonces hasta luego.

—¡Adiós!... Escucha y perdona.
Detente sólo un momento.

¿Quies traerte de camino
unos palillos?

—Y ciento.

—Porque tenemos paella
y el arroz precisa d'eso
pa sacarlo de los dientes.

—¿Arroz dices?

—Y cordero,

y ensalada d'escabeche,
vino tinto y del agüelo.

—¿Escabeche has dicho?

—¡Claro!

—¿No t'engañas? ¿Estás lelo?

—Escabeche y aceitunas
y con tomate y con güevos
cocidos.

—Pero ¿escabeche?

—Escabeche con pimientos.

—Entonces, m'alegro tanto.
Esta noche me presento
con la consorte.

—¿No dices?

—Aunque lo he dicho me vuelvo
atrás. Cenaremos juntos;
traigo a mi mujer corriendo.
¡Estoy loco de alegría!

—¿Es la chipén?

—¡Dicho y hechol

Seré feliz, no lo dudes,
porque en cuanto coma eso
la da el cólico de siempre.

—¿Es verdá?

—Verdá.

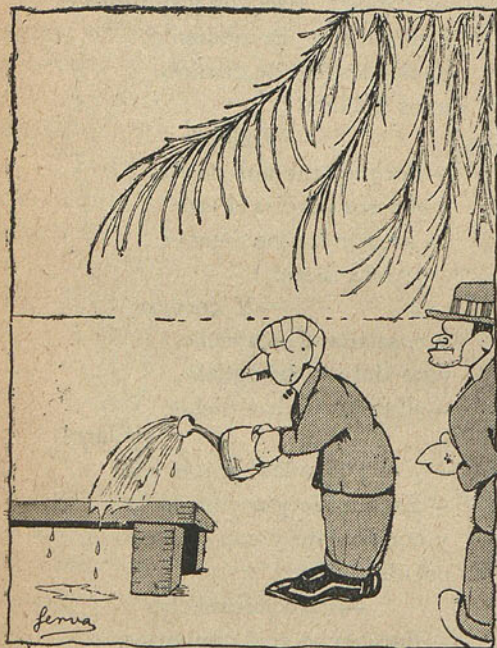
—M'alegro.

MARIO LEÓN.

Una grandiosa idea

Hace ya tiempo que los periódicos londinenses y neoyorkinos dan cuenta del majestuoso proyecto del inglés Smitshon, llamado a producir una verdadera revolución en la industria mudial.

Se trata nada menos que de aprovechar



—¿Por qué bañas el banco?

—Porque mi médico me ha recomendado baños de asiento y lo estoy poniendo en práctica.

la fuerza orgánica que cada individuo desarrolla en el ejercicio de sus funciones.

Así, por ejemplo, si es usted cargador del muelle, mozo de cuerda, pugilista, empleado en una fábrica de pianos, etc., etc., desarrolla al cabo del día cierta energía en el desempeño de su cargo, que bien administrada puede convertirse en alumbrado, calefacción, fuerza motriz, etc.

El inglés míster Smitshon ha dado comienzo a la realización de su magna empresa, previo el permiso de las autoridades lo-

cales, instalando en el tejado de cada casa de Londres un acumulador destinado a recoger la fuerza emitida por los vecinos.

El aparato, por el cual se recoge dicha fuerza, es de una inocencia monjil. Sencillamente un electroimán, colocado en el techo de cada habitación, atrae por sí solo toda la energía expandida por los habitantes del cuarto.

Son maravillosos los resultados que está dando este ingenioso descubrimiento.

Pero mucho más ingeniosos son los medios de que se vale míster Smitshon para conseguir de sus semejantes el mayor desgaste posible de fuerza en provecho de su industria.

Así, por ejemplo, envía anónimos a los matrimonios mejor avenidos con objeto de provocar en ellos las discordias y los altercados consiguientes.

Un señor, pongamos por generador de fuerza orgánica, recibe un anónimo en el que se le notifica que su esposa se «la pega» con un fabricante de carros de mudanza.

Lo probable es que el esposo le restrigue por les narices a su cónyuge el papel delator. Surge la agresión por parte de la esposa, que no es manca, y ¡zás!, un plato va a estrellarse contra un espejo de luna veneciana.

Hay una interpelación por parte del esposo, que le estrella su media naranja, una sopera sobre los sesos.

Se desencadena un verdadero temporal de golpes: ora en el coxis, ora en la región temporal... y mientras tanto, los electroimanes del techo recogen aquella fuerza que antes se consideraba pérdida, y nuestro buen Smitshon sonríe mefistofélicamente ante sus reguladores que marcan un exceso de fluido...

¡Y no digamos de cuando se encuentren cara a cara el esposo en cuestión y el fabricante de carros de mudanza...

Otro procedimiento, que le está dando admirables resultados, es el de regalar a todas las señoritas que estudian el piano en Londres, piezas de Wagner y de Bethoven, que, por su dificultad de ejecución, requieren largas horas de ejercicio sobre el teclado.

Entre los jóvenes reparte folletos fomentando la afición a los deportes. El boxeo, el alzamiento de pesos y las carreras de velocidad y obstáculos son fuentes de energía considerables.

Y, finalmente, no hace mucho tiempo insertó en los diarios londinenses la noticia de que un caprichoso multimillonario estaba dispuesto a otorgar un premio de quince mil libras esterlinas al individuo que de un

solo puñetazo fuese capaz de arrancar de cuajo una farola del alumbrado público.

Inútil es decir que todos los desheredados de la fortuna de Londres se rompieron los puños contra la inalterable quietud de la farola.

Y mientras aquellos infelices caían al suelo rendidos por el esfuerzo hecho, nuestro admirable mister Smitshon, sentado tranquilamente en una butaca, con las piernas estiradas, calentaba el te, cuyo hornillo eléctrico funcionaba gracias a la energía desarrollada por los pugilistas.

¿Verdad que es una idea original?

Nosotros invitamos a mister Smitshon a que instale un electroimán en el techo de nuestro Congreso de los diputados, y es seguro que en ciertas tardes de tumultuosa sesión recogería flúido hasta para hacer funcionar una apisonadora.

¡Ya lo creo!

MIAU



—Aquella que va por allí es la mujer de Ernesto. ¿Qué te parece?

—Por lo alta y delgada, parece una tabla.

—Pues ha tenido dos gemelos.

—Entonces es la tabla de multiplicar.



—¡Le mandaré los padrinos!

—¡Gracias: ya estoy bautizado!

EL "PEZ" DE ESPADA

Aquella noche pavorosa y fría caminaba Petronilo Espada sin saber adónde iría a dormir. De café en café y de taberna en taberna fué el pobre desahuciado aceptando convites y consejos, y al llegar la madrugada se encontró sin una perra gorda, sin casa y con una *papalina* morrocotuda.

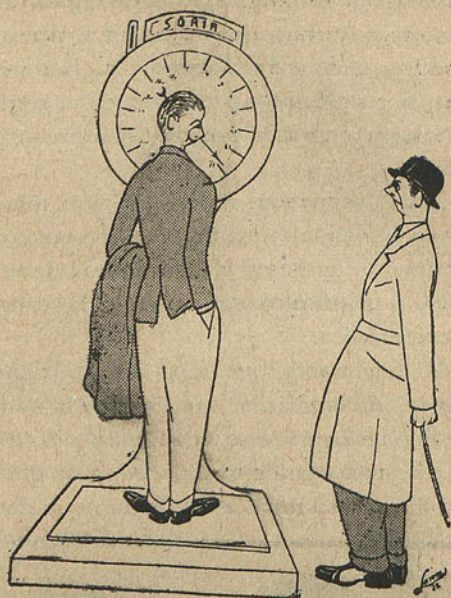
Monologando por hacer algo y dirigiendo discursos bolcheviques a los faroles dejaba pasar el tiempo hasta que se impuso la necesidad de descansar.

Y entonces se le ocurrió una de las muchas diabluras que le habían hecho famoso.

Encarándose con los contadísimos transeúntes que presurosos pasaban cerca de él, les llamaba la atención con su voz enronquecida por el *morapio*. Y les decía:

—¡Dos pesetas! ¡Dos pesetas al que me lleve a mi casa!

—¡Cualquiera carga con ese pellejo!—decían los trasnochadores alejándose de Espada, que, sin reconocer su fracaso, seguía haciendo el mismo ofrecimiento a todos los que veía.

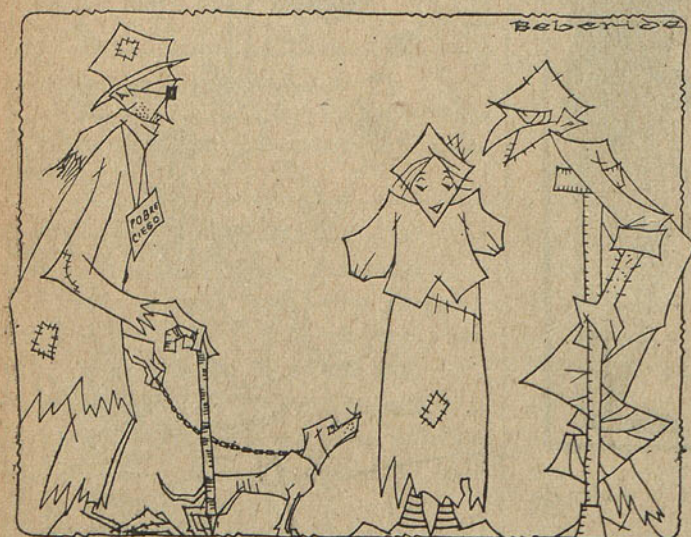


—Oye: pues a pesar de haberme quitado el abrigo, peso más de lo que tú decías.

Pero como siempre hay Providencia, incluso para los sinvergüenzas, acaeció que no tardó en aparecer una especie de Angel de la Guarda, personificado en un pobre cesante, que al oír lo de las dos pesetas dió el verdadero salto del leopardo en celo.

Y dirigiéndose a Espada le preguntó:

- ¿Cómo ha dicho usted?
- Que doy dos pesetas al que me lleve a mi casa.
- ¿Dos pesetas buenas?
- Y en una pieza.
- No diga más. Agárrese a mi brazo.
- ¡Dios se lo pague, criatura providencial!
- No hay de qué. Es que yo soy un sentimental, y



—Pues aquí vengo, señor Ulpiano, a pedirle la mano de su hija...

cuando media dinero me vuelvo loco.

—Lo comprendo.

—Tenga usted cuidado no atropelle a ese automóvil que viene hacia nosotros.

—Tocaré la bocina para que se aparte.

—A ver ese tranvía. ¡Ajajál!

—¡Qué hombre más bueno!

—Ya que hemos salido de este laberinto, haga usted el favor de decirme dónde vive.

—¿Cómo?

—Que me diga usted adónde le llevo.

—No le entiendo.

—¿Es que no sabe usted dónde está su casa?

—No, señor.

—¿Cómo que no?

—Como se lo digo.

—¿Eh?

—¿Se cree usted que si yo supiera dónde

tendría casa esta noche; cree usted que si yo lo supiera le iba a ofrecer dos pesetas para que me lo dijese?...

Se oyó una bofetada, un grito de dolor, una risa sarcástica e insensata y los pasos presurosos de uno que huía maldiciendo su mala estrella.

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ.

EL DEBUT

De todos los tenores malos, ninguno como aquel González que soltaba un gallo hasta pidiendo café. Pero como todo llega en este mundo, llegó una contrata para él, que tuvo que salir para Alcázar de San Juan, y nada menos que a cantar *Marina*.

La Empresa no regateó en gastos y anunció hasta con cohetes el debut de González.

Y la propaganda surtió su efecto.

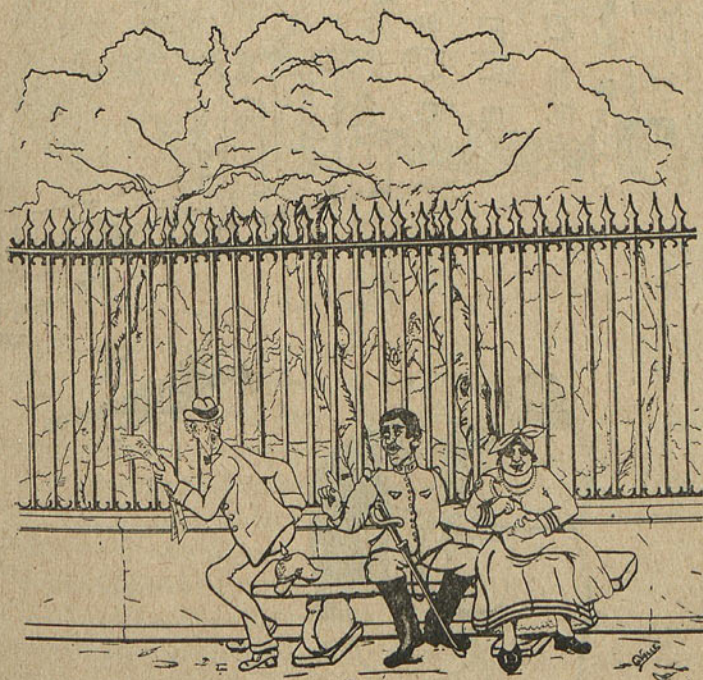
A la hora de la función estaba el teatro de bote en bote.

Y el pobre tenor, temiendo fracasar, dijo a la Empresa que no cantaba porque no quería que lo asesinasen.

Pero el empresario, que temía perder el negocio de una gran entrada, no se avino y le amenazó hasta con la Guardia civil para obligarle a trabajar.

Obedeció González, y empezó la obra... Y contra todos los auspicios y suposiciones, el tenor gustó.

Cada vez que salía a escena era saludado con una gran ovación.



El distraído (leyendo).—«... y llegaron los regimientos de Asturias y Saboya...»

El militar.—Oiga usted: que el que s'abolla es el casco si se sienta usted encima.

Los aplausos eran calurosos.

El entusiasmo delirante.

Y al terminar el primer acto el público aclamaba al asustado González, que no salía de su asombro.

Lo menos cincuenta veces se elevó la colcha que servía de telón, y otras tantas tuvo que saludar el triunfal tenor, que, emocionadísimo, creía que estaba en pleno sueño.

Por fin acabaron los aplausos y González fué a su cuarto.

El empresario lo esperaba, y viéndole llegar, no pudiendo contenerse, hasta le dió un beso.

—¡Bravo!—le dijo—
¡Qué garganta!

—¡Gracias, gracias!—
decía González.

—¡Y no se atrevía a salir!

—Es que yo...

—¡Déjese de niñerías! ¡Con razón dicen que todos los artistas están locos!

—Puede.

—Ahora vamos a ver el segundo acto.

—¿Cómo?

—¡El segundo acto!

—¡Ay, Dios mío!

—¿Qué le pasa?

—Que ahora es cuando me cortan el cuello.

—¿Y por qué?

—Porque no lo sé.

—¿Eh?

—Sí, señor. ¡Como en ninguna parte me han dejado terminar el primer acto, me he olvidado por completo del segundo!...

De la patada que en el sobaco derecho le dió el empresario a González cayó el pobre tenor sin conocimiento.

Él tuvo que anunciar al público que se suspendía la representación.

Pero González dejó allí un recuerdo tan agradable, que todavía no le han olvidado.

JUAN VALJUÁN



—Chica, apaga la luz que se ha acostao el señorito.

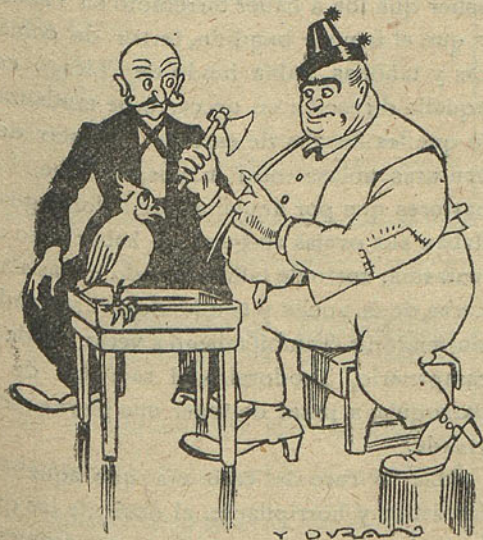
EL DIVIESO DE UN BANDIDO

CARICATURA CAMELÍSTICA SIN PRINCIPIO NI FIN, PARODIA DE LAS NOVELAS POR ENTREGAS, BASADA EN UNA NOVELA POLICÍACA PUBLICADA POR UN CONOCIDO EDITOR NORTEAMERICANO, ARREGLADA AL CASTELLANO POR «BLAS-KITO»

(CONTINUACIÓN)

más le había tocado un reintegro en la lotería de Navidad.

De la sugestiva belleza de tan perversa dama se hacían lenguas todos los vecinos del lugar. Era mujer de boca grande y pastosa, guarnecida con cuatro hileras de dientes y colmillos del tamaño de los sellos mó-



viles. Su ebúrneo pescuezo, intensamente achocolatado, tenía el diámetro de un cañón de atarjea; sus lindas orejas asoplilladas y sus piernas, una más larga que la otra, causaban la admiración de cuantas personas la conocían, y a nadie en absoluto se le ocurrió pensar ni por lo más remoto que en una figura tan angelical hubiera podido germinar la idea del terrible delito.

Por verdadera casualidad pudo descubrir el agente Kramer una carta que hallábase oculta en la carbonera de la casa del crimen; era tan enigmática como comprometedora e iba dirigida al sacristán mayor de San Francisco el Grande. Decía así:

«Mi más apreciable y requequerido Telsforo: Me alegraré que al recibo de ésta *sus* halléis sin *novedad* tú y la Norberta. Por ésta tu casa todos casi bien; el pequeño con el *moquillo*, y mi Bonifacio tan bueno y tan guapo como siempre. Le han *dao* un accésit y cuatro pesetas en un concurso de *acuarelas* al magnesio y le han extraído de la *medula* una perra gorda que se tragó el día de los Reyes Magos estando empaquetando calderilla en el pórtico de la catedral de Burgos.

Ya come gazpacho todos los miércoles y juega en el Casino a la lotería de cartones sin fatigarse, a pesar de que lee sin perder



una todas las revistas taurinas de *La Voz*, sentado encima del fogón.

Mi Bonifa sigue tan enamorado de mí como el día que fusilaron a su padre, y yo queriéndole mucho más que al echador del café de Puerto Rico y mirando a ver dónde puedo componer un reloj de cuco, sin que me cueste más de noventa céntimos. ¡Ay mi Boni! ¡Ay su madre! Si él se me muriera tomaría un *tupí* a traspaso en las cercanías de Río Janeiro. Sabrás que hemos compra-



do a plazos una máquina de hacer torrijas y que estoy aprendiendo a esquilar elefantes.

Sin más por hoy, muchos besos a la Norberta, y aconséjala por su bien que abandone las malas compañías y el uso del tabaco de hebra. Y tú recibe el corazón envuelto en el toldo de una tartana de ésta que te adora y no te olvida hasta la muerte, Javiera Peláez.»

Una vez hallada tan abrumadora prueba por el sagaz detective, el jefe de cocina de la Embajada española en Nueva York, que era también el juez que entendía en tan tenebroso asunto, ordenó que se exhumase el cadáver del infeliz esposo, que se hallaba sepultado en un solar de la calle del Gato, con objeto de extraerle las vísceras y dos uñas del pie izquierdo, a fin de enviarlas en un

tren botijo para su análisis y examen al Archivo de Simancas.

Si enorme fué el triunfo policíaco en este nebuloso drama familiar que la Providencia dispuso no quedara impune, no lo fué menos en el descubrimiento de la trama preparada por el «Lobanillo» para exterminar de una vez con achicorias a toda la grey detectivesca que infestaba la nación americana. Y esto se verá palpablemente en el

CAPÍTULO V

El fantasma.—El hacha siniestra.—¡A reunirse!

Todos los habitantes de Villa Pingórriez estaban aterrorizados. Y no era solamente el saber que iba a haber terremoto en Vallecás y que el famoso bandido, terror de comarcas y tahonas, había huído de Chicago con aquella dirección en un carro de mudanzas, lo que les llenaba de espanto. A estas desventuras uníase otra mayor, si cabe. Los pastores que por aquellos alrededores guardaban sus ovejas aseguraban haber visto un fantasma, corto de talla, vagando en las altas horas de la noche y comiéndose una sandía sin madurar. También llegó a verlo, desde el campanario, Teodomiro, el sacristán de la parroquia, a pesar de tener una pierna escalo-

lada. Mas lo raro del caso era que aquel ser fantástico y horripilante, al decir de los que le contemplaron a sus anchas, no asemejábase nada a aquellos otros que se cuentan en los viejos libros de contabilidad eclesiástica. Ni era transparente ni iba envuelto en sudario alguno. Era sencillamente una figura verdosa algo cargada de espaldas y de aspecto marcadamente reumático. Vestíase con una hopa de lana cruda, y andaba hacia atrás como los recaudadores del impuesto de Inquilinato.

Los amedrentados y supersticiosos habitantes del pueblo se recogían en sus establos tan pronto como se ponía el sol, y se pasaban las noches en vela tomando baños de asiento en agua gorda y entonando los

(Continuará.)

LA RISA

SEMANARIO HUMORÍSTICO

Doctor Fourquet, 4. - Teléfono 30-76 M.

— APARTADO 7.002 —

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Las suscripciones empezarán con el
:: primer número de cada mes. ::

Madrid, provincias y América.

Pesetas.

Trimestre.....	3,80
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

Extranjero.

Unión postal.

Trimestre.....	4,80
Semestre.....	9,60
Año.....	19,20

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

A los colaboradores espontáneos

No se devuelven los originales
aunque no se inserten, ni se mantiene
correspondencia acerca de ellos.

□ □ □

Los dibujos que se nos envíen de-
berán ajustarse a las dimensiones
que impone el tamaño de LA RISA.

□ □ □

DIRÍJANSE LOS ORIGINALES AL
APARTADO 7.002



Correspondencia de LA RISA

Los Mozos. Madrid.—Nos agradecería que nos enviase usted crónicas políticas, que publicáramos muy gustosos. Eso de *La política en 1962* ya lo hacía nuestro colega *El Menti dero* hace ocho años.

Augusto de la Soricé.—Eso parece una irrepetuosidad, y nosotros somos católicos, apóstólicos y romanos. ¡A mucha honra!

R. S. Lezuza (Albacete).—¿Y se han reunido tres fíos para escribir esa gansada sin gracia?

A. V. V. Cádiz.—¡Nada! Que no ha conseguido usted arrancarnos ni una sola carcajada. Eso que nos manda está mejor en el disco de gramófono, de donde lo ha *choriceado* usted, ¿no?...

F. S. M. Badajoz.—No nos sirve, pollo.

R. G. Madrid.—Eso de D. Millán va perdiendo actualidad por momentos. Mándenos otra cosa y hablaremos.

S. L. A. Madrid.—Sus versos son bastante malos. Gracias a Dios...

I. B. Madrid.—Admitimos un dibujo. El del predicador tiene un *pie* demasiado largo..., y usted nos entiende...





Concurso de cante muy hondo.